

esperanza, y exclamó bañada en lágrimas:

—¡Salvadme.... salvadme!

—¡Sí.... la salvaré!—Dijo Duval:—Y tú, infame, perece bajo el agudo filo de mi puñal.

Pero al mismo tiempo que se arrojaba sobre el doctor para herirle, éste sacó una pistola y le apuntó.

¿Qué pasó después?

CAPITULO XXVI.

El sentenciado á muerte.

¿Por qué está agolpado ese gentío á la puerta de ese vasto y sólido edificio, donde gimen los criminales?

¿Por qué ese afan y esa ansiedad por colocarse en buen sitio?

¿Va á tener lugar algun alegre espectáculo, que regocije á la humanidad?

No, nada de eso.

Esa agitacion, ese bullicio y ese anhelo por colocarse en punto principal y elevado, reconoce por causa un acontecimiento desgraciado.

Un hombre está condenado á caminar al patíbulo, y todos ansian verle y conocerle.

No es la compasion la que allí les ha con-
ducido, sino la curiosidad; el deseo de ver,
para contar despues si marchaba abatido ó
con valor á la muerte, si contrito ó impe-
nitente, y dar razon de su figura, del traje
que llevaba, y hasta de las mas ligeras cir-
cunstancias que acompañaron al último ins-
tante de su vida.

Próximos al sitio en que se alza el espanto-
so patíbulo, se ven multitud de personas
á caballo, esperando el momento de la eje-
cucion; coches de alquiler llenos de gente,
sobre cuyos techos están sentados algunos
amigos de los aurigas; gran número de car-
ros, cuyos conductores que dejan subir al
pueblo bajo á los primeros, se han detenido
allí para presenciarse la sangrienta escena
que va á tener lugar; y una infinidad de ha-
rapientos muchachos que, encaramados en
los árboles se constituyen en vigías de lo
que pasa en cuanto abarca la vista.

Al ver aglomerado allí á un pueblo ente-
ro, esperando con avidez que llegue el mo-
mento de que se presente el reo, una idea
triste le asalta al hombre humano y pensa-

dor que viene á helar su corazon. La indi-
ferencia con que la sociedad mira el hor-
roroso fin de uno de sus miembros.

A todos los concurrentes á esos sangrien-
tos dramas les parecen largos los instantes
que aun faltan para que el reo camine al
patíbulo, en tanto que el desventurado pre-
so que va á dejar su familia, sus amigos,
sus hijos tal vez, siente que las horas res-
balan sobre su cabeza con una rapidez es-
pantosa, y vé las puertas de la eternidad
delante de sus ojos.

—Ya son las siete y cuarto, y la ejecucion
estaba anunciada para las siete.

Decia uno del bajo pueblo que estaba
embozado en su zarape, á otros tres de ma-
la catadura que estaban en su compañía.

—De veras que sí; y eso es engañar al
público: por eso me *cuadran* los ingleses de
Inglaterra, por la *esautitud*.

—¿Y qué, es verdad lo que cuentan?

Añadió uno de los cuatro.

—¿Qué, valedor?

—¿Que es persona decente?

—De levita y reloj, nada menos.

—¡Y luego dicen que nada mas los *probes semos maletas!*

—Unos tienen la fama y otros cargan la lana, valedor.—Dijo el del zarape.—En todas partes cuecen habas.

—Y ese las coció gordas, porque asesinar á su *prencipal* es de *al tiro una mala aicion.*

—¿Su principal?

—Y su protector á la vez.

—No saben lo que dicen estos hombres.

Dijo una jóven que estaba cerca de aquel corro, y que por el trage parecia ser criada de alguna casa particular.

—Cállate, por Dios.

Le advirtió otra que con ella estaba.

—No quiero; porque es la mayor injusticia hablar mal de un hombre que es inocente.

Los del corrillo volvieron la cara hácia la jóven.

—¿Inocente?

—Sí señores, inocente.

—Ya no estamos en tiempo de Herodes, en que se mataban inocentes.

—Pues estaremos en los de Pilato; pero yo les aseguro á vdes. que lo es.

—¿Vd? ¿Pues qué, es vd. su confesora?

—Déjense vdes. de burlas. Yo estaba sirviendo en la casa del señor Flan, cuando tuvo lugar ese crimen; y aunque las apariencias le acusan, yo juraria, como dije al juez que me interrogó entonces, que no podía ser ese jóven el asesino.

Aquellas palabras despertaron la curiosidad de los cuatro y la atencion de las personas que se hallaban cerca.

Al escucharlas, todos se agruparon al rededor de la jóven, y la miraban con ese interes que despierta la persona á quien creemos iniciada en algun secreto.

—¿Con que vd. estaba sirviendo en casa del señor Flan, el dia de la desgracia?

Le preguntó una mujer de las muchas que se habian acercado á escucharla.

—Sí, señora.

—¿Pos quién jué el que le asesinó?

Dijo el del zarape.

—Eso es lo que nunca se ha llegado á

sospechar; pero no me cabe duda de que D. Félix, lejos de matar al hombre que le colmaba de favores y de distinciones; hubiera dado por él, mil y mil vidas.

—Así sucede muchas veces—contestó la mujer:—que justos pagan por pecadores.

—Al menos que si lo del asesinato es tan cierto como el otro delito de que le acusan, yo me atreveria á jurar que es inocente.

Dijo un hombre que estaba embozado en una frazada, y que se habia acercado á oír la conversacion.

—¿Y cuál es el otro delito?

—Pues ¿qué, no han leído vdes. el papel que venden del ajusticiado?

—No.

—Pues allí se le acusa de monedero falso; y lo que es eso, yo sé bien quién era el que entregaba esas sumas en casa del señor Flan.

—¿De veras?

—Cállate, Margarito.—Le dijo una linda jóven del bajo pueblo que iba con él, vestida con lujosas enagnas bordadas, de fino rebozo calandrio, y cuyo diminuto pié lo

llevaba calzado por un zapato de raso verde, con una flor de oro en la punta.—¿Qué te importa á tí el que se le acuse de ese delito mas?

—Nada; pero me gusta que á cada cual se le dé lo que es suyo; y como en eso de la moneda falsa á mí *mesmo* me la daba el *doitor*, pues siendo nosotros los que conduciamos la plata, creyendo que era buena, nos pagaban con la *mesma*....

—Mira que si te oye alguno de la policía....

—¿Y qué me importa? Yo digo la verdad; y como yo no soy culpable....

El hombre del bajo pueblo que así se expresaba, era aquel mismo conductor que, zeloso de Willey, habia comunicado en la feria de Tlalpam á sus amigos la noticia de haber partido varios pesos que le salieron falsos, y cuyas palabras escuchó Félix, sin saber quién las pronunciaba.

La jóven que iba con él, era la graciosa Federacha, á quien el lector conoce ya.

—¿Ven vdes. si tengo yo razon para creer que es inocente?

Dijo la jóven que habia servido en casa de Flan.

La voz de un muchacho que gritó: "¡ahí sale!" hizo que todos fijasen la vista en la puerta de la cárcel, y que interrumpiesen el diálogo.

La idea de que era inocente, introdujo la compasion en el pecho de los que habian escuchado las palabras de la jóven, y tenian doble afan por conocer al sentenciado á muerte.

El acompañamiento lúgrube empezó á salir pausadamente, precedido de la campanilla que acompaña siempre estos actos imponentes y desgarradores.

Ocho soldados, colocados á uno y otro lado, marchaban al paso de una caja destemplada, que en su sordo sonido indicaba que un desgraciado caminaba al patíbulo.

Un hombre vestido de negro, ostentando el escapulario del Señor de la Misericordia, que le caia sobre el pecho y la espalda, y llevando en alto un óvalo que indicaba las obras de misericordia, seguia al de la campanilla; y poco despues, pálido y macilen-

to, pero sereno y resignado, se dejó ver el desventurado Félix, al lado del venerable sacerdote Enrique, que le iba exortando y dirijiendo palabras de conformidad y de consuelo.

El inocente jóven las escuchaba con recogimiento religioso, y besaba con fervor el dorado Crucifijo que llevaba en sus manos. Aquellos eran los últimos instantes de su vida, y queria dedicarlos exclusivamente para emprender el viaje á la eternidad.

Moria en la primavera de su vida, cuando el mundo brinda sus mas seductores placeres al hombre, cuando le ofrece todos sus tesoros.

Y el desventurado levantó con languidez los ojos, y los dirijió sobre la multitud, para ver por la última vez ese mundo en donde dejaba á la hermosa Soledad, cuya memoria dulce y pura, le acompañaba en sus postreros instantes.

Acaso creyó encontrarla allí, triste y llorosa, queriéndole enviar el último adios de despedida.

Pero nada vió.

Sus ojos solo encontraron rostros extraños que nada le decían: miradas de curiosidad, sin compasion y sin piedad.

El infeliz no descubrió mas que á un público que le creía criminal y le acusaba.

¡El único sér que conocia su inocencia no estaba allí!

Entonces bajó la vista, velada por las lágrimas que le arrancara la memoria de Soledad, y continuó su camino, entregado todo á Dios, ante quien iba á comparecer dentro de pocos instantes.

—¡Tú, Eterno Padre, que lees en lo profundo del corazon del hombre....—Decia para sí lleno de fé cristiana:—tú que miras mi inocencia,.... tú que sabes que jamás se han manchado mis manos con la sangre de mis semejantes, ábreme las puertas de tu gloria.... no me rechaces de tu lado, como me rechaza horrorizada en este instante la sociedad, que me confunde con los asesinos! Tú lo has dispuesto así, Dios mio.... Tú has resuelto en tus inescrutables fines, que yo muera cargado con el peso de una acusacion terrible, y yo acepto gustoso esa

muerte para acatar tu sagrada voluntad! Sí; yo la acepto, y te la ofrezco en desagravio de mis culpas! ¡No me abandones, pues, Salvador mio... no me alejes de tí, por piedad!

Y D. Félix besó con fervoroso fuego el Crucifijo que llevaba en sus manos.

En su semblante brilló la luz de la fé que acompaña al justo en sus últimos momentos.

El padre Enrique, que conocia su inocencia, y que marchaba á su lado, animándole á sufrir la muerte con resignacion cristiana, puesto que así lo habia dispuesto Aquel, cuyos inescrutables fines debe acatar la criatura, iba pronunciando al oido estas palabras del salmista, que el inocente jóven repetia con viva fé.

“Señor; ¿por qué se han multiplicado los que me atribulan? muchos se levantan contra mí.

“Mas tú, Señor, eres mi amparador, mi gloria, y el que levantas mi cabeza.

“Con mi voz llamé al Señor: y me oyó desde su monte santo.

“No temeré yo los millares de pueblo

que me rodean: levántate, Señor, ¡sálvame, Dios mio!

“Apiádate de mí, y oye mi oracion.

“Da, Señor, oídos á mis palabras, y oye mi clamor.

“En la mañana me pondré en tu presencia, y veré.

“Apiádate de mí, Señor, porque estoy enfermo: sáname, Señor, porque mis huesos están conmovidos.

“Vuélvete, Señor, libra mi alma: sálvame por tu misericordia.”

Y D. Félix volvió á besar la imágen del Salvador, y continuó en religioso recogimiento, caminando hácia el sitio de la ejecucion, repitiendo interiormente todas las dulces palabras del padre Enrique.

— Pobre jóven!—Exclamó la mujer que vimos dirigir poco antes una pregunta á la que fué criada de Flan.—Se conoce en la dulzura de su fisonomía y en la tranquilidad de su semblante, que posee una alma limpia y noble.

—¡Ah! ¡cuánto siento que no me haya

visto!—Dijo la criada.—Yo queria que fijase en mí los ojos para que leyese en mi semblante mi aprecio, mi gratitud y mi compasion....

Y henchida de pena y de dolor, seguia con la vista al que en época no muy lejana habia contemplado distinguido en la sociedad.

Don Félix marchaba con resignacion católica, escuchando con religiosa atencion las palabras del digno sacerdote que iba á su lado y le habia confesado.

Al llegar al cuadro formado por algunas compañías de tropa, colocada en el sitio en que iba á tener lugar la ejecucion, el preso levantó los ojos, y sus miembros se estreñecieron.

Acababa de descubrir, á muy pocas varas, el cadalso en que iba á morir ignominiosamente.

Un sudor frio bañó su frente.

Su corazon se oprimió dentro del pecho, y su faz se demudó.

El sacerdote se esforzó entonces en alen-

tarle, y sus palabras, que llevaban el consuelo de la religion, la esperanza de una vida mejor y siempre dulce, le alentaron.

—¡Sí, sí... Dios me espera en la gloria!

Exclamó Félix inflamado por la fé; y avanzando con la tranquilidad del justo, llegó al pié del patíbulo.

Al poner la planta en el primer escalon, sintió un sacudimiento interno, su piel se atirantó, y el frio de la muerte penetró hasta la médula de sus huesos.

El inmenso gentío que invadía todo el Egido, dónde era la ejecucion, tenía fija la vista en él, sin dirigirla, ni por un instante, á otro sitio.

Félix subió los escalones que le faltaban, permaneció en pié, y dirigiéndose á la multitud, pronunció con clara y firme voz estas breves palabras:

—Muero inocente del delito que se me imputa; pero no acuso á nadie: las apariencias hablan altamente contra mí, y la justicia, que tiene la obligacion de juzgar por las pruebas, me castiga. ¡Dios perdone al que vertió la sangre de mi querido princi-

pal, como yo le perdono! Solo anhelo que los que me escuchan, se persuadan de mi inocencia, para que mi nombre no pase á la posteridad, confundido con el de los criminales, sino con los de los desgraciados... ¡Esto os pido á las puertas de la eternidad, y que rogueis por mí al Supremo Juez, ante quien voy á comparecer en este instante!

Un silencio sepulcral sucedió á estas palabras.

El jóven acusado dirigió la vista hácia la campiña y el magestuoso bosque de Chapultepec, que se describian á lo lejos, enviándoles el último adios: elevó los ojos al cielo con fé viva y como demandando compasion: besó el Crucifijo con ardiente fervor, y se sentó resignado en el funesto banquillo del patíbulo.

El digno padre Enrique, colocado á su lado, rezaba en alta voz.

El verdugo, cubierto el rostro con un antifaz, le vendó los ojos con un pañuelo, le pidió perdon, y le puso el instrumento de muerte al cuello.

Pero ¿para qué continuar en la relacion

de esta escena aterradora, cuando hemos dejado pendientes otras que reclaman nuestra atención?

Sí; suspendamos el desenlace de este triste episodio, y volvamos á ocuparnos de otros personajes de nuestra historia.

CAPITULO XXVII.

Antes de morir.

Dijimos que al saber Duval por el medallón que mostró á la afligida Amalia, que Luz era su hija, penetró en la pieza en que iba á ser víctima de la bastarda pasión de Willey, arrojándose sobre éste con el puñal levantado.

La hermosa jóven dejó escapar una exclamacion de esperanza, y le rogó que le salvase.

El doctor, lejos de intimidarse ante el peligro que le amenazaba, sacó una pistola de seis tiros para detener á su contrario.